

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 33.— Un campo de tiro, por L.; pág. 35.— La campaña de Napoleón en Italia (conclusión), por el coronel, conde Yorck de Wartemburg; pág. 40.

ESTUDIOS SOBRE LA DIRECCIÓN DE TROPAS, por J. V. Verdy du Vernois, general de Infantería, traducidos del alemán por el marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor. Pliegos 15 y 16 del cuaderno tercero y planos de combate núms. I, II, III.

CRÓNICA GENERAL

FUERZAS NOMINALES Y FUERZAS EFECTIVAS.—LAS AUTORIDADES MILITARES Y LAS TROPAS IMAGINARIAS.—REMEDO DE UNA CUENTA CÉLEBRE.—LOS EJÉRCITOS DEL GÉNERO CHICO.—PARTICULARIDADES DE LA ORGANIZACIÓN MILITAR DE DINAMARCA.

Cada vez que sucesos, de cualquier índole que sean, exigen la intervención del ejército, hallanse las autoridades militares en el grave aprieto de que, de varios batallones y escuadrones que tienen á sus órdenes, sólo pueden obtener, en resumen, dos docenas de soldados. Se examinan con notable detenimiento los estados de fuerza, se aclaran con relaciones nominales las cifras que parecen exageradas, pero, á pesar de este análisis de los datos, el resultado no varía, y la autoridad militar se halla verdaderamente cohibida por la falta de fuerzas reales, á pesar de contar con tantas tropas imaginarias.

Nosotros hemos montado, y no muy bien por cierto, nuestra máquina militar al estilo de Alemania; pero no tomando los apuntes del ejemplar auténtico, sino de la copia francesa. Tenemos así una infinidad de nombres de cosas: cuerpos de ejército, regiones, zonas de reclutamiento, y hasta generales de brigada y generales de división. Pero las cosas que estos nombres representan no las poseemos ni en alemán, ni en francés, ni siquiera en español, pues no hay que contar con cuerpos de ejército, divisiones y brigadas, ni aun con regimientos, ni batallones, ni compañías que lo sean propiamente.

El organismo militar debe ser tal que pueda rendir un trabajo exterior—como dicen los mecánicos—grande, rápido, enérgico, demostrando así la eficacia y potencia que posee para su única acción importante, que es la acción bélica. Pues bien, entre nosotros, por desgracia, el ejército consume la mayor parte de su energía para existir, para vivir, para ejecutar cosas de índole interior y privada. Si quisiésemos imitar unas cuentas célebres, diríamos que los 80.000

hombres de que disponemos se pueden considerar agrupados del modo siguiente:

Guardias de prevención, para guardarse las tropas á sí mismas.	10.000
Ordenanzas y asistentes.	10.000
Cuarteleros y rancheros.	10.000
Escribientes, secretarios de compañía y secretarios de causas.	10.000
Enfermos en hospitales y cuarteles.	10.000
Sastres, zapateros, barberos, guarnicioneros, armeros en ciernes, etc.	10.000
Destacamentos, plantones, etc.	10.000
Rebajados.	?
Quedan para formar.	4 soldados y 1 cabo.

Contra ese vicio de los *destinos*, que se come por la cabeza, por los pies y por los cuatro costados al ejército español, han luchado ministros y capitanes generales, y coroneles y capitanes no generales; pero en la lucha han resultado siempre vencidos. Está el mal muy arraigado entre nosotros, así como en otros países, y nada hay tan difícil cómo suprimir cosas á las que estamos tan íntimamente ligados, que vienen á ser parte de nuestra misma naturaleza.

*
* *

Quizá, si en vez de mal copiar á los ejércitos grandes, nos ocupáramos en estudiar elementos de los ejércitos chicos, sacaríamos mejor partido, porque nos acercáramos algo más á la realidad. En estos días, la prensa militar extranjera ha dado á conocer detalles interesantes del ejército danés, que, aun perteneciendo á ese *género chico* á que nos acabamos de referir, resulta grande y simpático desde muchos puntos de vista.

El ejército danés tiene su barrera marcada por la ley de presupuestos: 10.000 hombres, ó sean 3.650.000 haberes al año. Los militares daneses han tenido que aguzar el ingenio para sacar de esos 10.000 hombres el mejor partido posible, sin que la instrucción militar se resienta, y no sólo sin que se resienta sino que el ejército resulta escuela militar para el mayor número posible de ciudadanos.

¿Cómo ha resuelto ese problema Dinamarca? De un modo muy malo, viéndolo con nuestros igualatarios ojos meridionales; pero muy acertadamente examinándolo desde el punto de vista del interés nacional. Allí se ha fijado el tiempo exacto que el soldado de cada arma ó servicio necesita para ser debidamente instruído, y el tal soldado permanece en el ejército el número de días necesario para que adquiera dicha instrucción. El principio es racional: el Ministro dispone de un determinado número de haberes; pues bien, si el soldado está en las filas un día menos de los necesarios para ser instruído, el Ministro engaña al país; si está un día más, le engaña y le defrauda, porque aquel haber podría ser entregado á un nuevo ciudadano que á su vez se instruiría. Así, en el ejército

danés, en cada arma tiene diferente duración el servicio militar, y además, cuidan de emplear, para la realización de ciertos servicios especiales, á los reclutas que ya son, por su oficio, aptos en ellos, y como esa aptitud ya la poseen, no han de estar tanto tiempo en el ejército, de modo que hay hombre que, por su profesión, no está más que cuatro meses en las filas.

Además, suprimen muchos destinos, suprimiendo la causa que los motiva. Sería prolijo enumerar los recursos á que han acudido para ello; recursos entre los que figuran la existencia de trabajadores que desempeñan ciertos cometidos mecánicos. En este prurito de suprimir destinos van tan lejos, que, para no tener rancheros, dan á los soldados el haber en mano, para que coman donde les convenga.

Otra cosa caracteriza al ejército danés, y es que sabe el fin á que está destinado, y á él se amolda. Su misión es defender á Copenhague, y á esta misión amolda todos sus elementos. ¡Desdichado ejército el que carece de ideal, de plan fijo, de pauta estrecha que fije su organización, y deje ésta al impulso de las circunstancias ó al capricho de los reformadores!

NIEMAND.

2 de febrero de 1902.

UN CAMPO DE TIRO

En el actual momento histórico, el problema nacional de nuestro país queda reducido por de pronto, á asegurar la integridad de la patria, para cicatrizar á la sombra de la paz las recientes heridas que ha recibido, y una vez conseguido esto último, para lo que no se necesitará mucho tiempo, merced á nuestra gran vitalidad, España volverá á erguirse y recobrará el puesto que de hecho y de derecho le corresponde en el concierto de los pueblos de Europa.

Todas las copias son malas tratándose de organizaciones militares; pero una adaptación gradual y bien entendida de la que más nos convenga puede sernos muy útil. Si á este fin estudiamos los ejércitos europeos, para ver cuál es al que más nos debemos aproximar, observamos que entre varios tipos muy complejos, se destacan dos muy definidos que son: el alemán y el suizo.

Antitéticas por completo son las ideas que han presidido á la organización de ambos, pues en el primero todo responde á la ofensiva, y en el segundo sólo se atiende á la defensiva; en punto á carácter nacional, la sociedad alemana es esencialmente aristocrática y la suiza en cambio es de abolengo democrático.

A todo militar amante de su patria y de su profesión encanta y seduce la hermosa organización alemana, reveladora de la fuerza expansiva de un pueblo joven y vigoroso; pero sin gran esfuerzo de imaginación se comprende que nosotros sólo podríamos copiarla imperfectamente, por disponer de menos recursos, lo que nos llevaría á un plagio caricaturesco, que agobiaría al país con una carga abrumadora.

El ejército suizo deslumbra menos, no tiene tampoco en su favor brillantes jornadas de gloria; pero no obstante su obscuridad y modestia, ha bastado para hacer respetar el pabellón de su país, cuya independencia de común acuerdo

acatan vecinos potentes, porque saben que sería muy comprometido atentar contra ella, favoreciendo eficazmente á tal nación la estructura general de su territorio.

Aunque el nuestro no es tan accidentado como aquél, todos conocemos las cordilleras que le forman y los macizos montañosos que le constituyen, en los cuales se puede prolongar indefinidamente la resistencia, como lo prueba nuestra historia.

Resulta pues, que para nuestro país, en la actualidad, lo más conveniente es aproximarnos á la organización militar de los suizos, sin que con ello quiera indicarse que se les debe copiar servilmente, porque esto con toda seguridad nos sería perjudicial, por el distinto carácter de ambas naciones.

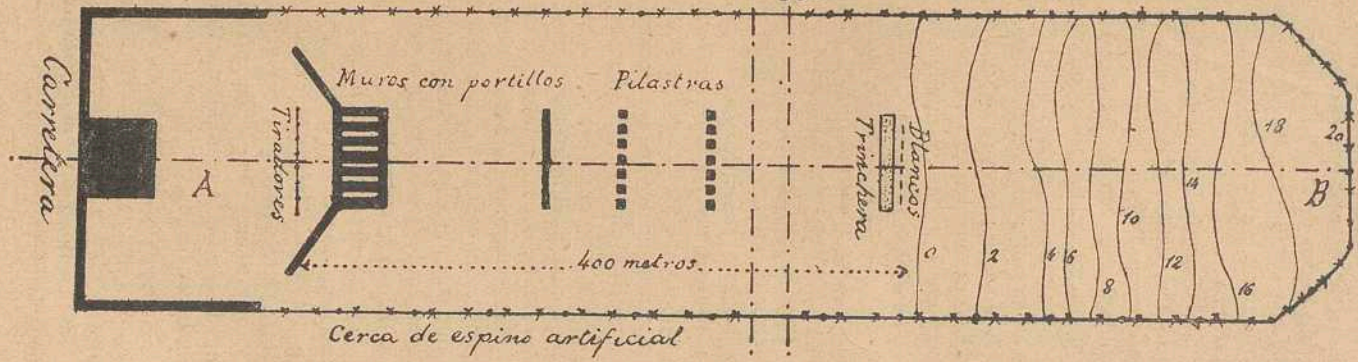
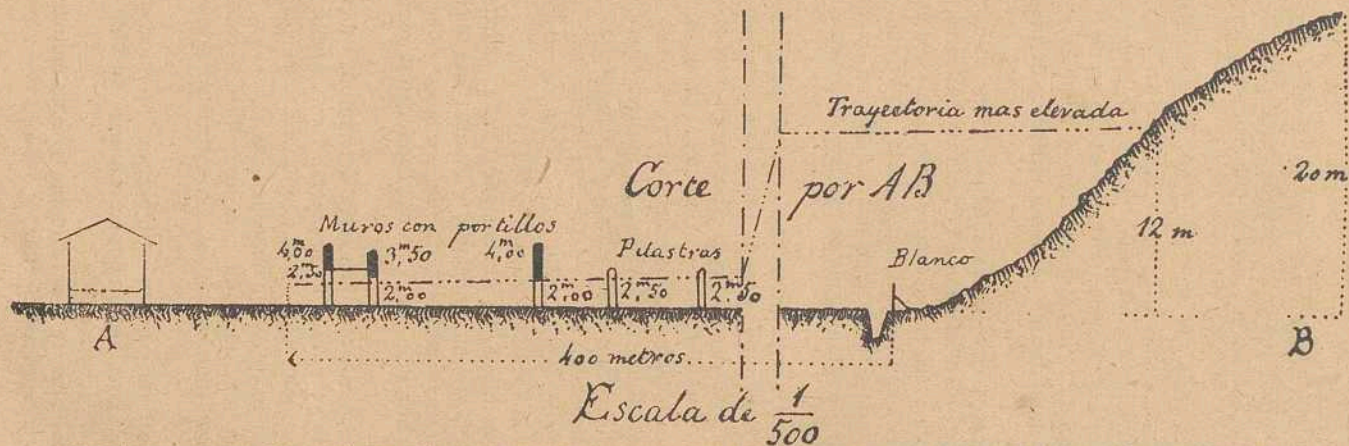
El primer paso dado para efectuar tal adaptación ha sido la creación de la *Sociedad del tiro nacional*, idea patriótica por la que merecen bien del país sus iniciadores; el segundo es el fomento de deportes hípicos; al que seguirá en tiempo oportuno el servicio militar obligatorio, que bien implantado puede proporcionar al país un ejército numeroso y relativamente económico. Muy interesante sería explicar tal tema, pero para evitar divagaciones, se pondrá punto final á tal cuestión y contrayéndonos al tema que encabeza este artículo, se dirá, que constituida la representación del tiro nacional en una pequeña ciudad, cuyo nombre no hace al caso, inmediatamente se empezaron á efectuar gestiones para encontrar un campo adecuado á los fines de la sociedad. Difícil era el asunto, pues la primera condición que se procuró satisfacer fué que estuviera próximo á la población y su acceso fuese cómodo, para que toda clase de personas lo frecuentasen. Los contornos de tal ciudad son tierras de labor bastante feraces, razón por la cual los propietarios no se mostraban propicios para hacer concesiones. Por fin, se pudo lograr á las puertas de la población una faja de 400 metros de longitud y 20 de anchura, que linda por uno de sus lados menores con una carretera y por el opuesto con una reja de 20 metros de elevación, á la que desde luego se le asignó la función de parabalas; pero su poca altura hacía temer que los proyectiles altos la salvaran, con el peligro consiguiente para las muchas personas que transitan por caminos vecinales que cruzan tras ella. A más de esto, ya se ha dicho que la faja de terreno es muy estrecha, y en las tierras colindantes hay casi siempre campesinos dedicados á sus faenas, cuya vida podía peligrar, en caso de que las balas derivaran á uno ú otro lado del eje, cosa fácil tratándose de personas poco peritas en el manejo de armas de fuego.

En vista de ello, se decidió colocar una serie de pantallas en forma análoga á la empleada en algunos campos de tiro, disposición que ya conocen los lectores, y que recuerda vagamente los bastidores y bambalinas de los teatros.

Reconocida tal necesidad, surgió al momento otro obstáculo, que fué, dar forma práctica á tales obras de seguridad con el menor coste posible, pues los recursos no eran excesivos.

Se descartó por unanimidad el empleo de palastros de hierro ó acero por su elevado coste, y recordando el aforismo ingenieril, de que *para toda obra los mejores materiales son los de la localidad*, en ellos se buscó la solución del problema.

Alguien propuso construir espaldones provistos de portillos que permitieran ver los blancos, idea que fué desechada por el enorme cubo de tierras que para ello se hubiera necesitado.



Otro apuntó la especie de construir muros de adobes, que también se refutó por el gran espesor que hubiesen exigido.

Los muros de ladrillo tampoco pudieron admitirse por su elevado coste, y por fin se decidió emplear la piedra caliza, que en la localidad se explota casi á flor de tierra y á poca distancia de la población, razones por las cuales resulta baratísima.

En tal estado la cuestión, surgió el temor de que si por torpeza ó inadvertencia alguna bala chocaba con la pared más próxima rebotando en ella, podría ocasionar alguna desgracia. Para solventar tal duda, un socio de buena voluntad efectuó ocho ó diez disparos con un Máuser, normalmente á una tapia de mampostería, situándose á cinco metros de ella, obteniéndose un resultado concluyente, pues ninguna bala rebotó, saltando sólo pequeños chispazos de piedra que no constituyen peligro serio.

Además se efectuaron varios disparos con diversas inclinaciones, y cuando ésta no era muy pequeña, se patentizó que el plomo de la bala se pulveriza al chocar con la piedra, y su envuelta de acero cae al suelo desgarrada y extendida como una hoja de lata. Cuando el ángulo de la trayectoria con el muro es pequeño, rebota el proyectil marchando á gran distancia, lo que se explica, porque en este caso su fuerza viva no se transforma en trabajo destructor del muro ni deformativo de la bala.

Tales ensayos corroboraron también, que el proyectil Máuser, dotado de gran penetración en muros de ladrillo, la tiene muy pequeña tratándose de muros de mampostería ordinaria, y así se determinó dar á éstos el espesor mínimo posible, por la supradicha razón de economía, imponiendo la condición, por exceso de cautela, de que no hubiese juntas que atravesaran los muros en todo su espesor. Para conseguir esto, ha favorecido la costumbre de los mamposteros del país, de elevar los muros á *dos caras*, es decir sin poner tizones, ó sean piedras que atraviesen todo el espesor de la construcción: ya se ve que ésta es una mala costumbre cuando el muro ha de ir cargado, pero para el caso de que se trata era conveniente, lo cual prueba que de todo se puede sacar partido.

Para determinar la posición de los muros, sus dimensiones, etc... se extendió sobre una mesa una gran hoja de papel cuadriculado, y con una larga hebra de hilo se simulaban las distintas trayectorias: á fuerza de tanteos, se llegó á la solución representada en la figura adjunta, que es la más conveniente para el caso de que se trata.

Con tal disposición es *imposible* que ninguna bala salga del campo, á menos que se apunte con una inclinación de 45° sobre la horizontal. Para impedir tal disparate y otros análogos, cuando se tira al blanco, se nombra un inspector vestido de facultades discrecionales, á fin de evitar imprudencias.

Los tiradores tienen marcada una línea, formada con postecillos de madera hincados en tierra y unidos por gruesos alambres, á la cual deben aproximarse para hacer fuego.

Se ha dado á los muros un espesor de 0,60 metros, porque si hubiese sido menor, lo que se hubiera economizado en materiales se hubiese gastado en mano de obra, y ésta hubiera resultado menos sólida.

La profundidad de la caja de cimientos se ha reducido á 0,50 metros, es decir, la necesaria para quitar la capa de tierra vegetal.

Los dinteles de los portillos no se han aparejado con dovelas, sino que sobre los vanos se han establecido dos traviesas desechadas de vía férrea, de roble, yuxtapuestas, sobre las cuales insisten los muros.

De 100 en 100 metros se han construído trincherones para guarecer á los marcadores, á fin de poder tirar á diversas distancias.

Provisionalmente emplean éstos banderas para indicar los blancos que los tiradores hacen, pero hay la idea de sustituirlas por dos estaciones telefónicas, que los pongan en comunicación; tales estaciones, huelga decirlo, se establecerán al empezar el tiro, y se retirarán cuando éste termine.

A fin de evitar que penetre en el campo algún temerario ó algún animal de los que generalmente están en las tierras limítrofes, se ha rodeado todo él con una cerca de espino artificial, formada por traviesas desechadas de vía férrea, hincadas en tierra, á las que van clavados cuatro alambres paralelos, y que no se representan en el corte por no hacer confusa la figura. A mayor abundamiento, cuando hay tiro, se iza una bandera en lo más alto de la loma parabalas, y en los postes de la cerca se colocan carteles que anuncian el peligro.

Se ha edificado una caseta para el guarda, con cimiento y zócalo de mampostería; esquinas y marcos de los vanos, de ladrillo ordinario; entrepaños de adobes (confeccionados al pie de la obra); el enlucido es de mortero común, y la cubierta de teja lomuda. A pesar de la ínfima calidad de tales materiales, estas construcciones duran mucho en climas secos.

Al guarda como gaje se le ha concedido el usufructo del terreno, no permitiéndole que siembre más que plantas de poca altura, con lo cual se consigue el *utile dulci* que el clásico recomendó.

Tal campo sólo sirve para el tiro individual, de modo que en él no se pueden verificar fuegos por descargas, ni otros fuegos tácticos; pero tendría buenas condiciones para que, sin riesgo alguno para nadie, pudieran aprender á tirar los reclutas, sobre todo en ciertas poblaciones que no tienen en su proximidad campos á propósito, puesto que el tiro con carga reducida dentro de los cuarteles, que varias veces se ha ensayado, no es práctico, porque falta el retroceso del arma.

El coste total de todas estas obras ha venido á ser de unas cinco mil pesetas; ya se ve que tal construcción carece por completo de aspecto monumental, pero cumple con su objeto, que es á lo que únicamente se debería tender en todas las cuestiones.

Los fondos se obtuvieron emitiendo obligaciones de 10 y de 50 pesetas, sin interés, amortizables en cierto plazo, mediante sorteos trimestrales, con la garantía del material adquirido, obras ejecutadas, subvención otorgada por el ayuntamiento, cuotas de los socios y crédito de algunos de ellos de representación en la plaza: de modo que ya ve el lector que no se desatendió la parte financiera del asunto.

Antes de terminar, se consagrará desde estas páginas un recuerdo á la memoria del Excmo. Sr. marqués de Vallejo, que graciosamente hizo donación de una parte de la suma antes consignada. ¡Lástima grande que muchos poderosos no imiten tan loable ejemplo, dedicando algunos bienes á fines patrióticos, como es éste, y como también lo sería el fomento de la instrucción pública, tan lastimosamente atrasada en nuestro país!—L.

LA CAMPAÑA DE NAPOLEÓN EN ITALIA

(Conclusión)

Hoy sabe todo el mundo que es una falta ser casuístico con un cuerpo de tropas que opera á distancia, queriéndole dar órdenes é instrucciones para todos los casos y todas las eventualidades que pueden surgir, y la carta ó el escrito de Napoleón, redactado hace más de un siglo, demuestra sus aptitudes innatas para el cargo de general en jefe. También es indudable que necesitaba dirigirse á un general activo, emprendedor y en plena juventud, como lo era su contemporáneo Joubert, para que Napoleón pudiera bosquejarle con calma y tranquilidad tan absolutas las graves empresas que pudiera intentar el enemigo á su retaguardia, porque el conocimiento de su posibilidad es muy bastante á producir viva impresión en jefes y soldados.

En la mañana del 16 pone Napoleón sus divisiones en marcha sobre Valvasone para franquear el río el mismo día. Guieu es el primero que llega, y es dirigido sobre el ala derecha de los austriacos, que se extiende desde Codroipo á Torrida; Bernadotte, que llega á mediodía, debe marchar contra el ala izquierda; Sérurier forma la reserva á retaguardia y sobre la derecha y sigue el movimiento sobre Codroipo. Hacia las tres de la tarde las columnas francesas empiezan á pasar el río: los austriacos sostienen hasta la noche un combate lento para proteger y asegurar su retirada, empezada ya, sobre Palma, en cual punto concentran sus fuerzas durante la noche, excepto su retaguardia que queda situada en Cormor. Massena no había podido contribuir aquel día á facilitar el paso del Tagliamento, según eran las intenciones de Napoleón, pues los malos caminos de la montaña retrasaron su marcha. A las once de la noche le ordenó Napoleón desde Valvasone que llegara á Spilimbergo lo más pronto posible.

Antes de empeñar combate decisivo, quiere recibir el archiduque Carlos los refuerzos que le han anunciado, y, en su virtud, sigue retirándose el 17 sobre Gradisca; los franceses adelantan poco este día, como si Napoleón hubiese querido asegurar antes de que el enemigo se replegaba realmente hacia el Sur y que no tenía el grueso principal de sus fuerzas sobre el camino de Tarvis. Los éxitos que el archiduque, joven de veinticinco años, había obtenido en Alemania el año anterior, le habían conquistado tal reputación, que su adversario, que contaba veintisiete años y que nunca descontaba en sus planes estratégicos la personalidad del general en jefe enemigo, creyó deber obrar con prudencia.

Pero de día en día se van desvaneciendo en Napoleón sus preocupaciones acerca de las combinaciones estratégicas del archiduque, y el 25 de marzo llega hasta decir: «Hasta hoy el príncipe Carlos ha maniobrado peor que Beaulieu y que Wurmser; ha cometido faltas á cada paso y algunas de ellas de urdimbre muy burda; mucho le han costado, pero le hubieran costado más si la reputación de que venía precedido no me hubiese preocupado hasta cierto punto y no me hubiera impedido convencerme de las faltas que observaba y que yo suponía cometidas con intenciones que en realidad no han existido» (1). Esto nos hace ver la influencia que una reputación bien adquirida puede ejercer en el éxito de las operaciones, y de ello nos da Napoleón el mejor ejemplo.

Cuando en 1814, teniendo apenas un puñado de hombres hechos soldados,

(1) *Al Directorio: Goritz.*

de la noche á la mañana tuvo que hacer la guerra contra las triples fuerzas coligadas, sólo su nombre bastaba á ejercer tal impresión en el ánimo de sus adversarios, que nunca creían tener bastante superioridad numérica para contar con la victoria si el Emperador se hallaba presente en la batalla. Ahora bien: si el ejemplo que acabamos de citar nos demuestra que hasta el mismo Napoleón era asequible á tal influencia, se comprende que hombres infinitamente menos favorecidos por el genio y por el temple de su alma hayan sido aniquilados por ella, y de ahí que no sepamos admirar lo suficiente la grandeza de espíritu de Blücher, quien jamás se dejó conmovir por tal orden de consideraciones.

Por lo demás, y á propósito de este primer encuentro entre Napoleón y el archiduque Carlos, debemos hacer constar que en la historia militar es difícil encontrar dos individualidades más diferentes, como hombres y como generales. Napoleón era violento, indómito, insaciable de gloria y de dominación: el archiduque, frío, reflexivo y subordinando todos sus actos al cumplimiento del deber. Napoleón, hijo de un corso de escasa nobleza y de nobleza reciente, transgrediendo voluntariamente por ambición personal las leyes de su patria adoptiva; el archiduque, primer príncipe de la sangre, obediente á las órdenes de su gobierno sin proyectar la menor sombra de resistencia á nada. Napoleón, que durante toda su vida ha tratado siempre de engrandecerse á sí mismo, hace lo mismo en la guerra, eligiendo resueltamente el partido más audaz y siguiéndolo á todo trance; el archiduque, modesto en sí en su vida ordinaria, jamás busca en la guerra su gloria personal, y hasta se puede asegurar que con frecuencia llevaba su circunspección hasta aquellos casos en que hubiera debido ser arrojado, vacilando en jugar á una sola carta la salvación del ejército y la de su país. Napoleón, haciéndose de día en día, por su alto espíritu, más grande y más absoluto en asuntos militares, es el modelo más perfecto del soldado, y al propio tiempo un tipo terrorífico para un soberano que esbozara el porvenir; el archiduque, lejos de ser un conquistador y un destructor de reinos y de imperios, es el modelo del súbdito fiel desempeñando con el más completo desinterés el puesto más elevado y de mayores responsabilidades. El archiduque reconocía sin reserva y sin envidia la superioridad militar de su adversario, á quien profesaba admiración. Napoleón no comprendía ni podía comprender una naturaleza tan noble, á la que nada podía separar del camino del deber, y cuando, en 1805, conoció personalmente al archiduque, se sirvió, para juzgarlo, de este epíteto característico y violento: «Es un imbécil.» Estos dos hechos entrañan el diferente modo de sentir de aquellos dos hombres.

El 18 de marzo repliega el archiduque completamente su ejército detrás del Isonzo y le hace tomar posiciones al este de Goerz. Napoleón, la víspera á las siete de la tarde, había dado desde Valvasone las órdenes siguientes: Bernadotte romperá la marcha á las tres y media de la mañana con dirección á Palma; Sérurier seguirá este movimiento, y tras él irá Guieu; Massena avanzará por San Daniel y Gemona, para apoderarse del Chiusa á la entrada del collado de Pontafel (Chiusa veneta). Joubert recibe orden de tomar la ofensiva y de marchar sobre Brixen. Palma, evacuada por el enemigo, fué ocupada, y Napoleón hizo entrar en línea á su ejército sobre la margen derecha del Torre. Las tropas de Napoleón halláanse al amanecer dispuestas á efectuar el paso del río; Bernadotte

es el primero que lo atraviesa, y luego avanza sobre Medea; Napoleón le acompaña; los austriacos no le oponen resistencia; Sérurier franquea á su vez el río y marcha sobre Villesse; después, las dos divisiones se dirigen á Gradisca, la cual ciudad es cercada, rindiéndose su guarnición á las nueve de la noche.

El archiduque se decide por seguir retirándose, y durante la noche se pone en marcha, esperando reunirse en Villach con los refuerzos que le llegan; á este efecto, divide su ejército en dos columnas, de las que la más fuerte debe dirigirse á Laibach, y, partiendo de dicho punto, caer por Krainburg sobre Tarvis; la otra debe remontar el valle del Isonzo y ganar de igual modo á Tarvis. El archiduque se adelanta á Villach. Massena, que gracias á sus marchas forzadas ha desquitado el terreno que había dejado de ganar, y que se había internado en el collado de Pontafel, se apodera aquel día, el 19, del puente de Casasola, que estaba defendido por un débil destacamento y constituía un obstáculo; los austriacos se retiran sobre Pontafel.

Napoleón remonta el 20 el Isonzo hasta Goerz, llevando á Bernadotte por la margen derecha y á Sérurier por la izquierda; Guieu ha tomado la dirección de Cormons; pero sabe, durante el día, que una parte importante del ejército enemigo se ha replegado sobre Liabach, y aun cuando no tenga el propósito de ganar aquel punto con el grueso de sus fuerzas destaca sin embargo, el 21 á Bernadotte sobre Czernitza, para vigilar el camino, quien llega á ponerse en contacto con la retaguardia austriaca; Guieu marcha en este día sobre Cividale; Sérurier sigue aún remontando el curso del Isonzo, y Massena, rebasando de Pontafel el 20, hace que una parte de sus tropas entre en Tarvis. El pequeño destacamento austriaco, dejado para la guarda del collado, se repliega sobre las fuerzas de Wurzem. Así, mientras Massena ocupa el 21 con parte de sus fuerzas á Tarvis, los austriacos se repliegan por el valle del Isonzo y desde Carporetto se dirigen sobre el mismo punto, llegando á Predil el mismo día; y cuando conocen la presencia del enemigo en Tarvis, se deciden á abrirse paso, al cual efecto, y para facilitar su operación, el destacamento antes mencionado recibe órdenes de volver sobre Tarvis.

El 22 consiguen los austriacos apoderarse de dicha población; las tropas que Massena había enviado á ella se repliegan sobre el grueso de la división, en Malborghetto; los austriacos se establecen en Tarvis y concentran en dicho punto todas sus fuerzas disponibles, enviando un destacamento á Saifnitz en observación de Massena, y dejando una retaguardia en el collado de Predil con la misión de defender á Flitschler-Klause. En el mismo día Guieu ha marchado desde Cividale hasta Carporetto, después de haber desalojado un puesto austriaco establecido en Stupizza. La división Sérurier, á las órdenes de Chabot, desde la víspera en la noche por enfermedad de aquél, constituye la reserva general y permanece donde estaba. En la mañana del 23, Guieu toma á Flitschler-Klause mientras que Massena, por su parte, tomando la ofensiva, se apodera primero de Saifnitz y después de Tarvis; los austriacos, que en número de 2.000 permanecían en el collado de Predil, hallan cortada su retirada y tienen que rendirse á los franceses. El mismo día avanza Bernadotte por el camino de Laibach hasta Praewald, y Chabot, que se dirige al mismo punto, llega á Czernitza.

El archiduque proyecta en seguida reunir todas sus fuerzas en Klagenfurt: 5 000 hombres, una parte de los refuerzos que esperaba, han llegado ya á Villach y reciben orden de incorporarse allí á las tropas que van llegando, proce-

dentes de Tarvis. Por su parte, Napoleón dirige á Massena y á Guieu sobre Villach. Chabot, que como antes dijimos estaba situado sobre el camino de Laibach, recibe la orden de ir á unirse á Napoleón por el valle del Isonzo: Bernadotte permanece desde luego en Praewald. Ante la actitud y disposición de las columnas francesas es evacuado Villach por los austriacos. En tal estado las cosas, Napoleón espera noticias del Tyrol.

También se habían empezado por dicho punto las operaciones. Joubert, como era natural, había esperado tener noticias de la ofensiva de Napoleón; al tenerlas, inició su campaña, el 20 de marzo, franqueando el Avicio y sorprendiendo por todas partes á los austriacos, quienes dejan en su poder numerosos prisioneros y se ven arrojados sobre Neumarkt. Joubert llega á Salurn: los austriacos continúan retirándose los días subsiguientes, seguidos por Joubert, que llega á Botzen el 22. A partir de este punto, el grueso de las fuerzas enemigas, 8.000 hombres, había tomado el valle de Eisack, pero su ala derecha, al no encontrar libre el camino, había retrocedido sobre Meran. Joubert, dejando á Delmas, en Botzen para asegurar su retaguardia, persigue á los austriacos con el resto de su fuerza por el valle de Eisack: la retaguardia de los austriacos ocupa el desfiladero de Klausen mientras que el grueso de sus tropas ha tomado posiciones en Brixen.

Entretanto, los austriacos han operado el 28 su concentración en Klagenfurt (13.000 hombres), no habiendo dejado más que un destacamento de 5.000 por la parte de Laibach, sobre la orilla izquierda del Sava. El archiduque se halla enterado de los sucesos en el Tyrol. Napoleón reúne, como ya hemos visto, á Massena y á Guieu en Villach, mientras que Chabot sigue formando la retaguardia. El 29 resuelve ponerse en movimiento Napoleón, rechaza las avanzadas de los austriacos y ocupa á Klagenfurt: el archiduque se repliega este día sobre Sankt-Veit. Napoleón se ve obligado aún a detenerse, de una parte para esperar que llegue Chabot, y de otra para adquirir datos ciertos sobre la situación de Joubert y sobre las fuerzas enemigas que tiene ante sí Bernadotte.

El 31 de marzo, mientras este general marcha sobre Laibach, Napoleón avanza sobre Sankt-Veit: los austriacos se repliegan y toman posiciones detrás del Gurk; pero cuando el 1.º de abril llegan los franceses delante de aquellas posiciones, el archiduque, que sigue esperando refuerzos para aceptar el combate, ordena proseguir la retirada: su movimiento empieza al amanecer del día 2; pero Napoleón le persigue de cerca, alcanza su retaguardia, la ataca vigorosamente y le inflige pérdidas de consideración, yendo con sus tropas á pernoctar en Neumarkt, expidiendo órdenes á Bernadotte para que vaya á Klagenfurt á marchas forzadas. Ahora el objetivo de Napoleón es la capital enemiga, y ya no se ocupa más que en las tropas contrarias que le cierran el paso de Viena. Sobre aquel camino buscará el punto decisivo y por eso procurará concentrar en él todas sus fuerzas sin preocuparle ya las direcciones de Laibach sobre Trieste y Udina, que deja libres, ciñéndose así una vez más á los principios de concentración, que son «los verdaderos principios de la guerra» (1). En lo que concierne á Joubert dice que «actualmente no está aún bien decidida la ofensiva ni Viena amenazada desde tan cerca para que el enemigo haya renunciado con seguridad á tomar de nuevo la ofensiva en el Tirolo; pero que dentro de cuarenta

(1) *Memorias de Napoleón*, T. I, pág. 414.

y ocho horas habrán variado las cosas» (1). Escribe, pues, á Joubert diciéndole que es posible que lo llame á su lado, pero que, por el momento, procurase poder disponer del camino que por el valle del Drave conduce á Lienz.

En la misma noche del 25 de abril continuán los austriacos su retirada, dando órdenes al destacamento que habían dejado delante de Laibach de que se incorporase lo más rápidamente posible á Bruck por Graz, lo cual demuestra lo eficaz que resulta llevar concentrada una masa sobre el punto decisivo. Napoleón, al llamar á Bernadotte, desguarneció, ciertamente, el camino de Laibach; pero el adversario, amenazado por todas las fuerzas enemigas en el punto más peligroso y de mayor cuidado, no puede sacar ventaja alguna del abandono de aquel camino y se ve obligado á llamar igualmente y con toda urgencia su destacamento. A las tres de la madrugada se precipita Napoleón sobre las huellas del archiduque y alcanza de nuevo su retaguardia en Neumarck. Esta ofensiva vigorosa é infatigable de Napoleón, no sólo en parte era debida al deseo de que su adversario no se le escapara en la huida, se debía también á la esperanza de hacer prisionera á una columna enemiga que, según noticias que le dieron, había separado Joubert del grueso de las fuerzas austriacas del Tyrol y trataba de unirse á las tropas del archiduque por el valle del Mur; la noticia, sin embargo, era inexacta; y, su consecuencia, fué la vigorosa persecución del archiduque, y esto evidencia que cuando no se pierde de vista en la guerra lo que es de carácter esencial, los errores que con frecuencia se producen no tienen resultados enojosos.

El siguiente día continuó la retirada de los austriacos, quienes el 6 llegaron á Bruck, quedando su retaguardia en Leoben; pero en el mismo día recibe Napoleón en su cuartel general de Judenbourg á los plenipotenciarios del emperador y las negociaciones que se entablan ponen fin á la campaña. El 7 se firma un armisticio; pero Massena, que está á la vista de los austriacos y que llega por la tarde frente á Leoben, exige y obtiene la inmediata evacuación de aquella ciudad.

Joubert, después de haber recibido en Brixen noticias é instrucciones de Napoleón, había llamado á sí el 4 á Delmas, destacado en Botzen, y emprendido al punto su marcha por el Pusterthal, llegando á Lienz.

Vese, pues, que á los veintiocho días de rotas las hostilidades contra el archiduque y al año, día por día, de haberse iniciado en el río Génova las operaciones contra Beaulieu, el ejército francés apoyaba su cabeza en Leoben, á 150 kilómetros de Viena.

La campaña contra el archiduque se presta á muchas consideraciones; pero para nosotros, que seguimos atentamente el parto de las concepciones napoleónicas, es una de las más interesantes. Hemos dicho más de una vez, que el gran principio de Napoleón era el de formar una sola masa antes de atacar al adversario; pero ¿no es una violación del tal principio esta campaña? y si lo es, ¿puede fijarse como principio la necesidad de formar la masa antes de dar la batalla? El mismo Napoleón se ha explicado á este propósito en Santa Elena y ha demostrado perentoriamente que no habían existido en esta campaña, realizada por columnas que se concentraban y atacaban al enemigo, operaciones concéntricas contra el adversario; demostración que tiene su importancia para

(1) A. Joubert—Frissach, 3 abril.

nuestras investigaciones. Aun en el caso de que las explicaciones de Napoleón no convencieran á todos, basta que haya creído necesario defenderse de la imputación de haber adoptado la forma de la operación concéntrica; consideró siempre este medio como muy malo y, por el contrario, como el único propio, el de dirigirse en masa contra el enemigo, y esta apreciación del general en jefe es la que tiene valor para nosotros. Poco nos importa, en verdad, que alguna vez por casualidad, no haya observado rigurosamente aquel principio. «Operar en direcciones alejadas entre sí y sin comunicaciones, es una falta que, ordinariamente, hace cometer otra segunda. La columna destacada no tiene órdenes más que para el primer día; sus operaciones para el siguiente dependen de lo que haya sucedido á la columna principal: ó pierde el tiempo esperando órdenes ú obra á la ventura» (1).

Prueba todo esto, de una manera absoluta, que Napoleón ha reconocido la existencia y el razonado fundamento de ciertas reglas, de ciertos principios relativos á la guerra, mientras que las ideas hoy dominantes tienden á hacer creer que en la guerra no existen; que no hay en ella más que casos nuevos de los que cada uno no puede ni debe ser considerado más que aisladamente, y que es el empirismo y no la teoría lo que constituye el *quid* del arte militar. Napoleón, á quien sin notoria injusticia no se le puede tildar de escolástico, dice á propósito de esto: «El arte militar es un arte que tiene principios que no es permitido violar» (2); y luego añade: «Todos estos grandes capitanes de la antigüedad y los que después han seguido dignamente sus huellas, no han realizado grandes hechos sinó conformándose con las reglas y los principios naturales del arte, es decir por lo ajustado de sus combinaciones y la relación razonada entre los medios y sus consecuencias, entre los esfuerzos y los obstáculos. No han obtenido buen éxito sino conformándose con ellos, cualesquiera que hayan sido, por otra parte, la audacia de sus empresas y la extensión de sus éxitos. Nunca dejaron de considerar como una ciencia la guerra; á tal título únicamente llegaron á ser nuestros grandes modelos, y sólo imitándolos podemos esperar acercarnos á ellos» (3).

Y el mismo general, á propósito de la frase *guerra metódica*, exclama: «Toda guerra bien conducida es metódica; los principios del arte de la guerra son los que han guiado á los grandes generales cuyos altos hechos nos ha transmitido la historia» (4) ¿Qué interés hubiera podido tener el estudio de los hechos de los grandes hombres si no se hubiese podido deducir del mismo una doctrina general y clásica? Este trabajo, que consiste en desprender lo general de los actos particulares de los grandes capitanes y convertirlo en doctrina, se ha realizado también en derredor del gran capitán, cuyos altos hechos dieron á tal doctrina su mayor relieve. Bajo la impresión de los éxitos de Napoleón, ha reconocido Jomini que el principio fundamental de la guerra consistía en llevar la mayor parte de las fuerzas disponibles de un ejército sobre el punto decisivo, sea del teatro de la guerra, sea de un campo de batalla (5). Durante las guerras napo-

(1) *Memorias de Napoleón*, T. I., pág. 396.

(2) Chalons sur-Marne, 22 septiembre, 1808.

(3) *Memorias de Santa Elena*, T. VII., pág. 238.

(4) *Memorias de Napoleón*, T. III., pág. 415.

(5) *Introducción al estudio de las grandes combinaciones de la Estrategia y de la Táctica*.—Pág. 8.

leónicas escribió sus obras fundamentales, y de la experiencia que adquirió en aquellas guerras extrajo, como fruto sazonado, el *Prontuario ó Manual del arte de la guerra*, la más clara exposición de las enseñanzas prácticas de nuestro arte.

Si consideramos ahora en su conjunto la campaña de Italia, lo primero que salta á nuestra vista es el genio extraordinario del joven general en jefe, sobre el cual todos estaban de acuerdo en que: «no hay nadie aquí que no lo considere como un hombre de genio; tiene gran ascendiente sobre cuantos forman en el ejército republicano; su golpe de vista es seguro; sus resoluciones son ejecutadas por él con vigor y energía; su sangre fría en los casos más graves es tan notable como la extrema rapidez con que cambia de planes cuando circunstancias imprevistas se lo aconsejan (1). «No por eso se ignoraba que era poco social, que era duro, impaciente, imperioso; pero su actitud, su mirada, su manera de expresarse, eran los de un hombre nacido para el mando: todos lo comprendían así y todos se sometían á ello. Sin embargo, sus compañeros de armas de entonces nos elogian su buen humor y su vivacidad, su conversación animada y brillante, su gracejo y su bondad fuera de los actos del servicio; en una palabra, el encanto particular que ejercía sobre todo el mundo la aurora de su genio.

¡Cuántas innovaciones, cuánta fecundidad desde su entrada en escena! Ya la revolución, con sus levadas en masa, había marcado el abandono del método de guerra que puede denominarse de Federico, su gran representante; pero aquella no era todavía más que una era de tanteos. Los jefes, hombres de talento, pero no espíritus de primer orden; no se habían despojado completamente de las viejas tradiciones; no habían deducido de la nueva situación todas las consecuencias que entrañaba, precisamente porque les faltaba el genio creador: le estaba reservado á Napoleón emanciparse completamente de todas las tradiciones en montón y de convertirse, en su marcha victoriosa desde Niza á Leoben, en el creador y en el representante más ilustre del moderno método de guerra, dando cuerpo á todas las ideas sobre que está fundado. En eso estriba la importancia de la campaña de 1796. Los generales de la revolución no estaban ya atados por los almacenes de suministros, pero esa mayor libertad, en lugar de permitirles desarrollar hasta los últimos límites la acción de sus fuerzas, no había sido para ellos más que causa de complicaciones en muchos y frecuentes casos. Es indudable que el antiguo molde estaba ya roto al advenimiento de Napoleón, pero la mejor y más grande manifestación de su genio fué la de haberlo sustituido por otro molde nuevo, «y nada es tan cierto como que la más grande improvisación del espíritu humano es aquella que da existencia á lo que de ella carece» (2). Tenía precisamente ideas que le eran propias: cosa más rara de lo que se cree, porque la originalidad es necesaria para innovar, porque «en donde hay creación es de necesidad que haya genio» (3).

La facultad creadora de Napoleón es el primer factor de aquella campaña; pero una vez reconocido esto, quedamos aún campo inmenso para admirar el uso que de ella hizo. En primer lugar, llama nuestra atención el plan de cada una de aquellas campañas por la grandiosa sencillez de su concepción; en ellos se deja guiar siempre por el mismo pensamiento: «El arte de la guerra consiste en tener siempre, con un ejército inferior, superioridad numérica sobre el ene-

(1) *Informe del general Clarke al Directorio.* — Milán, 7 diciembre, 1796.

(2) Mme. de Kémsat. — *Memorias*, T. I, pág. 333.

(3) *Idem.* — T. I, pág. 333.

migo en el punto que se ataca ó en el que uno es atacado (1)». Sin perder de vista esta idea y trazado el plan en consecuencia de ella, parece, desde luego, que Napoleón adivina los pensamientos del adversario y que él mismo dirige sus movimientos; los incidentes inesperados no descomponen su plan y apenas si se les nota al estudiar cada campaña: tal era la clarividencia del golpe de vista militar de Napoleón para abrazar en conjunto una campaña. «La ciencia militar, decía, consiste en calcular bien todas las contingencias, y, en seguida, en hacer con toda exactitud, casi matemáticamente, la parte que corresponde al azar; sobre esta parte es sobre la que no hay que engañarse, pues una décima de más ó de menos puede trastornarlo todo. Ahora bien: esa distribución entre la ciencia y el azar no puede haber más que en la cabeza de un genio» (2).

Esta explotación del azar, «que es siempre un misterio para las inteligencias mediocres, es una realidad para los hombres superiores», y es inherente al imperio absoluto que Napoleón ejercía en todo tiempo y en todas las circunstancias sobre sus facultades desde el momento en que ejercía presión sobre ellas. Es «el valor de las dos de la madrugada, es decir, el valor de lo imprevisto, el que, á despecho de los sucesos más súbitos, deja la misma libertad de espíritu, de juicio y de decisión» (3), y á este propósito añadía Napoleón haber comprobado que poseía en mayor grado que otros aquella especie de valor, y que había encontrado pocos hombres que se le hubieran aproximado en este punto. También sus contemporáneos poseyeron la rapidez extraordinaria en la apreciación exacta de toda situación nueva; *el hábito*,—se lee en una carta que le fué dirigida,—que he reconocido en vos de ver con gran exactitud en medio de una gran rapidez» (4).

Aún presenta otro aspecto este valor moral, y es la tendencia irresistible de ir tras la batalla decisiva, tendencia que es también signo característico de un gran general: ella elevó tanto á Federico sobre los demás generales de su época, y es siempre indicio de un espíritu vigoroso que tiene confianza en su propia fuerza. Napoleón, al echar una mirada retrospectiva sobre sus victorias, más numerosas que las de cualquier otro general de aquellos cuyo nombre conserva la historia, dice: «generalmente se forma una idea poco justa de la fuerza de alma que se necesita para librar, con plena meditación de sus consecuencias, una de esas grandes batallas de cuyo resultado va á depender la suerte de un ejército, de un país ó la posesión de un trono» (5); y añade que es muy raro que haya generales deseosos de librar batalla.

Lo que él poseía en grado eminente, supremo; lo que consideraba como la cualidad más apetecible y la definía diciendo: «Ser tan cuadrado de base como de altura» era el perfecto equilibrio entre la clarividencia y el carácter ó el ánimo. «Si el valor, dice en sus Comentarios, supera en mucho á su golpe de vista militar, el general acometerá empresas superiores á las que concebir pueda, y, por el contrario, no podrá realizar éstas, si su carácter y su ánimo son inferiores á la magnitud de su inteligencia» (6).

- (1) Bourrienne.—*Memorias*, T. I, pág. 186.
- (2) Mme. de Rémusat.—*Memorias*, T. I, pág. 133.
- (3) *Memorias de Santa Elena*, T. II, pág. 17.
- (4) Comeyras á Napoleón.—Milán, 15 julio, 1796.
- (5) *Memorias de Santa Elena*, T. II, pág. 18.
- (6) *Id., id.*, T. II, pág. 18.

Si Napoleón hubiese sido muerto en mitad de una operación militar, ¿no se hubiesen notado en cualquiera general que le hubiera sustituido falta de clarividencia ó de ánimo, necesarias para llevarla á buen término? Un Bernadotte ó un Sérurier, llamados á reemplazarle ¿hubieran tenido bastante energía moral para llevar á ejecución el plan audaz elaborado por la clarividencia de Napoleón? El vigor de Massena ó de Augereau, hubiera podido llevar á término feliz el golpe de audacia con tanta clarividencia concebido y elaborado por Napoleón?—En este gran capitán residían en perfecto maridaje, y admirablemente equilibrados, la noción más clara de la mejor solución posible y el más alto grado de valor y de ánimo para perseguir hasta el fin aquella solución, por riesgos que su ejecución presentara.

Por último, tan extraordinarias facultades estaban vivificadas y movidas en Napoleón por una ambición formidable. Sólo la tendencia persistente de sobrepujar á todo el mundo producirá una actividad infatigable y pondrá á un soldado en condiciones de revelar sus facultades naturales y de conquistar el éxito. La ambición es comparable al fuego, sin el cual no puede funcionar la máquina mejor montada, mejor aprovisionada y más admirablemente dispuesta; sin la ambición, el soldado se semeja al famoso pollino de Rolando, que tenía todas las mejores condiciones imaginables, salvo que estaba muerto. ¿Por qué estaba ya Napoleón en Leoben, mientras que Moreau y Hoche apenas habían atravesado el Rhin? Porque á aquél lo había impulsado hasta las puertas, casi de Viena aquella ambición personal, aquella sed insaciable de gloria y de triunfos que no cesaba de estimularlo, y de ahí la gran razón que existe para que su nombre deba ser colocado muy por encima del de los demás generales de su época. Si Moreau y Hoche hubiesen estado aguijados por la misma ambición, no hubieran consentido en permanecer sobre el Rhin por complacer al Directorio. Tan irritado estaba por ello Napoleón, que decía: «Menester es que los ejércitos del Rhin no tengan sangre en sus venas. Cuando se tiene buena voluntad para entrar en campaña, nada hay que lo impida» (1).

Pero tal ambición no puede ni debe de ser mezquina: no es la que consiste en denigrar á los demás para pasar sobre ellos, sino aquella que hacía llorar á César, cuando todavía era joven, ante la estatua de Alejandro, porque á la edad que él tenía, Alejandro había ya conquistado el mundo. El mismo Napoleón ha dicho: «Entiendo que la inmortalidad es el recuerdo dejado en la memoria de los hombres, idea que conduce á grandes cosas. Valdría más no haber vivido que pasar sin dejar huellas de la existencia» (2).

En suma: si meditamos sobre la diversidad y la grandeza de las cualidades que constituyen un gran capitán; si reconocemos lo pródigamente que todas ellas estaban reunidas en aquel joven general, diremos con Desaix, ante quien Marmont exaltaba el genio de Napoleón, desconocido aún en el mundo:—«El mando de un ejército es lo más difícil que hay en la tierra: es la función que exige mayor capacidad en un momento dado» (3).

(1) Al Directorio.—Leoben, 16 abril, 1797.

(2) Bourrienne.—*Memorias*, T. IV, pág. 200.

(3) Marmont.—*Memorias*, T. I, pág. 80.